

La interacción familia-escuela en el contexto migratorio

Amina Bargach

Psiquiatra infantil, terapeuta familiar sistémica y experta en migraciones

“Autonomía”

«La noción de autonomía humana es compleja ya que depende de condiciones culturales y sociales. Para ser nosotros mismos necesitamos aprender un lenguaje, una cultura, un saber y es menester que esta misma cultura sea lo suficientemente variada para que podamos hacer la elección dentro del bagaje de ideas existentes y reflexionar con autonomía. Por consiguiente, esta autonomía se alimenta de dependencias. Dependemos de una cultura, de una sociedad; dependemos por supuesto de un cerebro que, a su vez, depende de un programa genético y dependemos también de nuestros genes.

Dependemos de nuestros genes, de una cierta manera, estamos poseídos por dichos genes, puesto que éstos no cesan de dictar a nuestro organismo el modo de continuar viviendo [...]»

Edgar Morin. *Introduction à la pensée complexe*.

INTRODUCCIÓN

Al referirnos a la interacción de los sistemas familia-escuela, (vehiculada ésta por el subsistema niño-alumno), en el contexto de la migración se nos plantea, a nuestro modo de

parecer, la necesidad de algunas precisiones para poder aclarar nuestra posición respecto al tema que nos ocupa:

- La necesidad de una contextualización. Parafraseando a Watzlawick: «todo comportamiento humano permanece incomprensible mientras no esté ubicado dentro del contexto social en el que se ha producido». Así, el porqué del fracaso escolar de un niño, hijo de una familia migrante en una escuela española en el momento histórico actual, permanece incomprensible si nuestro campo de observación como profesionales no es lo suficientemente amplio para poder abarcar todas las interacciones sociopolíticas, económicas y psicológicas en un momento dado (contexto).

- Considerando el comportamiento-síntoma del *fracaso escolar* como consecuencia de unas deficiencias individuales (está lejos de nuestro ánimo la minimización del factor individual. De todos es sabida la importancia de los instrumentos del niño tales como los sensoriales, motores, cognitivos, su eficiencia intelectual y su capacidad para poder interactuar con un grupo heterogéneo que es la clase; siempre y cuanto se incluya al niño dentro de su red relacional tanto familiar como social) supone la adopción de una visión mutilada de la realidad social con el riesgo de actuaciones mutilantes y reduccionistas.

- Los profesionales que, la mayoría de las veces, pertenecen a la sociedad de acogida debido a una posición de etnocentrismo cultural, incurren en el error de explicar el origen del fracaso escolar como algo inherente a la cultu-

ra del “otro”, calificando a ésta de inferior. La consecuencia de esta interacción entre el profesional y su usuario, en este caso el migrante, es bastante pernicioso ya que el usuario al sentirse calificado de inferior siente que peligra su autoestima y su identidad, por lo que como mecanismo de defensa refuerza sus señas de identidad para hacerse visible y para defenderse contra la “acusación”, resistiendo a toda intervención por más científica que resulte.

Por su parte, el profesional se ve descalificado por su cliente al que considera inferior y responde, ante la imposibilidad de ser confirmado con la multiplicidad de técnicas de intervención cada vez más “específicas”, convirtiéndolos en multiasistidos y estigmatizados. Las consecuencias negativas de esta comunicación patológica se dejan resentir entre los profesionales. Se sabe de la frecuencia del *síndrome de agotamiento profesional de Barnaut* entre los agentes sociales que intervienen en estos contextos: profesores, educadores, asistentes sociales, etc.

- Pensamos que el origen del fracaso escolar que manifiesta el niño migrante no encuentra su explicación más que en un sistema escolar que niega cualquier puesta en cuestión de su funcionamiento, mayormente cuando este cuestionamiento procede de una población a la que se ha calificado de “inferior”. En este orden de cosas el fracaso escolar constituye la reactualización de la deficiencia de un sistema escolar dentro de una sociedad neoliberal que siendo competitiva y omnipotente, es incapaz de gestionar democráticamente de un modo funcional y creativo las diferencias culturales de todos sus usuarios.

En el contexto de la migración más que en cualquier otro, es curioso constatar:

- Al trabajar con el menor, podemos tener la suerte que se produzca una toma de conciencia de la inadecuación entre nuestros instrumentos habituales de intervención y los contextos sobre los que tenemos que actuar. Como consecuencia, se produce un mayor enriquecimiento y creatividad por parte del profesional y su búsqueda para promocionarse en el ámbito profesional y humano.

- Es en el contexto migratorio más que en cualquier otro que, cuando se trabaja con el menor, se produce la toma de conciencia de la inadecuación entre nuestros instrumentos habituales de intervención y el tipo de contexto sobre el que tenemos que actuar. La interacción con el menor migrante nos confronta a nuestro propio equilibrio cultural, nuestras propias creencias, nuestros valores y nuestras lealtades a dichos valores. En resumen, la relación con el migrante nos confronta con el extranjero que llevamos dentro.

- Hay que destacar que el menor migrante no está reconocido en su doble pertenencia: pertenencia a un contexto familiar considerado como extranjero y, a su vez, él mismo esta considerado como extranjero dentro de un tejido social en el que se supone que se está desarrollando. De manera que se plantea una cuestión fundamental: ¿cómo instalarse definitivamente en un nuevo país y adquirir una cultura diferente a la cultura transmitida por la familia, a sabiendas que ésta última tiene connotaciones negativas?

El niño migrante además de sobrevivir a la “angustia fundamental” como cualquier otro niño, sufre una superposición de otras angustias por la violencia a la que es sometido, debido al desarraigo de su comunidad de origen y al aislamiento al que se le subyuga en un

mundo nuevo que se cierra delante de él sin escucharle (Mauco, G. *Les étrangers en France et le problème du racisme*. Paris: La Pensée Universelle, 1977). El encuentro con el niño migrante supone un encuentro con la diferencia en dos niveles: la diferencia entre el niño y el adulto (universal) y la diferencia cultural.

EL CONTEXTO ACTUAL DE LA MIGRACIÓN

El contexto de la migración está caracterizado por una gran violencia que se manifiesta de diferentes formas, entre las cuales cabe destacar:

- Actualmente venimos constatando cómo la población del tercer mundo está sufriendo una degradación en su ecosistema natural y social –sequías, hambrunas, terremotos, inundaciones, guerras...– ante la cual los poderes políticos correspondientes son incapaces de responder adecuadamente, perdiendo credibilidad y produciéndose un distanciamiento entre la población y dichos poderes, que optan como “resolución” por una mayor restricción de la libertad y la democracia, como única respuesta posible frente a una supuesta revuelta popular. Dicha población se ve consecuentemente forzada y empujada a la migración como alternativa para poder sobrevivir.

- El empobrecimiento de la población del tercer mundo hace de ella una reserva de mano de obra no cualificada con la que se especula para la resolución del envejecimiento de la población de los países desarrollados. Este aspecto viene agravado en el momento actual por la concurrencia de la población (empobrecida ella también) de los ex-países del Este que, al estar en posesión de una mejor cualificación y una mayor facilidad para la integración, se

convierten en rivales de los primeros. La consecuencia de esta “concurrencia” es la merma de la autoestima que hace que esa gente se sienta los “últimos de los últimos”.

- Esta violencia está representada también por los cadáveres del Estrecho, por la migración de las mujeres –a veces embarazadas– y por la migración de los menores. Cuando algunos de éstos logran sobrevivir y alcanzan el objeto del deseo (el espacio europeo idealizado), en un primer momento, experimentan una gran euforia por haber “burlado” la frontera, pero rápidamente empiezan a vivir un sentimiento de desarraigo, de confusión y de miedo por lo que el primer deseo que les viene en mente es huir y volver al país de origen, pero ante la idea no estar a la altura de las expectativas de la comunidad de origen, desisten del intento entrando en un proceso de contrariedades tanto externas como internas:

1. *Contrariedades externas*: representadas por unas condiciones socioeconómicas muy precarias tales como la inseguridad jurídica, la falta de una política de vivienda y el ser reconocido tan solo en su identidad laboral (fuerza de trabajo) y no en su dimensión sociocultural. A esto hay que añadirle la imagen que se tiene del migrante, que suele ser el resultado de un conjunto de negaciones estereotipadas en la escala de valores de la cultura dominante, puesto que no existen más que en negativo: *no nacional* = extranjero; *no estable* = provisional, aún cuando está en posesión de “papeles” y no corre el peligro de ser expulsado; *clandestino* = invisible, por más que refuerce los rasgos de identidad (es obvio que el recrudescimiento del movimiento actual de creación de asociaciones de musulmanes en Europa viene a significar una respuesta a la negación, poniendo en cuestión, directa o indirectamente, la sociedad española como

fuente de negación); *analfabeto* = no hablan, *incompetente-irresponsable* = multiasistido.

2. *Contrariedades internas*: El migrante vive, tanto en el ámbito fantasmagórico como real, una sucesión de pérdida –de referencia socio-cultural, del barrio, de los amigos y de valores...– de la cual resulta con un equilibrio bastante frágil y con la disyuntiva de resolver, o bien la promoción de la identidad personal y de la autoestima, o bien mantener una lealtad hacia el grupo de pertenencia. Curioso es que, en lo que respecta a la comunidad marroquí, la necesidad de mantener una lealtad es una exigencia que sobrepasa el ámbito de la propia familia para extenderse y comprender a toda la comunidad de origen.

La ausencia de la extensa familia, que tiene la función de actuar como cinturón de seguridad y de reforzar el anclaje del individuo o de la familia en el tejido social, provoca que el migrante se encuentre viviendo en un espacio de existencia y antropológico bastante restringido que le empuja hacia una dinámica de transición permanente, aún cuando está en posesión de “documentos” que acrediten su carácter de permanente. La dimensión temporal es significativa ya que el tiempo es vivido por el migrante como revelador de experiencias afectivas: separaciones, renunciadas y la evocación continua de un eventual retorno.

INMIGRACIÓN Y EDUCACIÓN DESDE LA PERSPECTIVA DE LA FAMILIA

A propósito del concepto *inmigración*, nos parece más propio la utilización de la palabra *migración* principalmente por tres razones:

- El concepto migración se refiere a la

persona que cambia de residencia bajo la influencia de factores socioeconómicos y políticos. Esta definición conlleva una connotación de precariedad que, a mi modo de ver, refleja de un modo auténtico el contexto actual; aún siendo el migrante legalizado se le está relegando continuamente al origen, negándole el derecho a una proyección tanto en el presente como hacia el futuro.

- Así mismo, el concepto migración transmite la vivencia psicológica de los migrantes, sobre todo en lo que a los menores se refiere. La denominación “hijos de migrantes” conlleva implícitamente el reconocimiento continuo de la pertenencia de los menores a un grupo social definido que es la familia y por ende, esto nos ayuda a restablecer la categoría humana de estos menores que muchas veces les ha sido sustraída de un modo arbitrario, voluntaria o involuntariamente, por algunos agentes sociales.

- La migración evoca el proceso en su globalidad y por supuesto nos sitúa a nosotros como profesionales en la obligación de considerar al migrante en su pasado, presente y futuro. Hemos verificado, durante los procesos terapéuticos con las familias migrantes, el efecto tranquilizador que tiene para éstas el poder ayudarles a que recuperen su memoria y a que puedan tomar en sus manos el protagonismo para sentirse con derecho a transmitirnos su propia historia, poniendo así orden en su memoria, obviándoles el caos y la confusión en los que se encontraban inmersos.

Para concluir, ante una familia migrante hay que tener presente que ésta conlleva huellas de la historia natural y global de la migración; huellas de las condiciones particulares propias; también y sobre todo, huellas de las

condiciones socioeconómicas ofrecidas por la sociedad de acogida.

La familia, sus funciones

La familia es un sistema vivo de un gran nivel de complejidad. Para el ser humano representa el contexto social más significativo, ya que es su primer pilar existencial, afectivo y biológico.

Los miembros de una familia están en una interacción circular, tanto entre sí como con el entorno o ecosistema. Cualquier cambio que acaece en uno de sus miembros –migración, enfermedad, muerte, etc.– afecta a los otros miembros y al sistema familiar en su globalidad. La familia es una unidad de cooperación con unas tareas bien definidas que consisten en garantizar el desarrollo y la supervivencia física, psicológica y económica de sus miembros. Sus funciones más importantes son:

- La procreación, como dimensión biológica cuya finalidad es garantizar el mantenimiento de la especie.
- La micro socialización: es un proceso complejo mediante el cual el niño adquiere e interioriza los modos de hacer, de pensar, de sentir y de actuar propios de su grupo de pertenencia. Esto es lo que constituye la transmisión de la cultura, cuyo objetivo es la construcción de una identidad confirmada y valorizada según las referencias socioculturales propias del grupo social de pertenencia, consolidando así, la estabilidad de la personalidad adulta.

La familia, por ser el primer factor de integración social, requiere unos mínimos requisitos para la realización de dicha integración;

entre ellos, un grado funcional de bienestar bio-psico-social. La viabilidad de un sistema familiar viene determinada por un alto nivel de flexibilidad y por la cantidad de alternativas con las que cuenta para poder interactuar con el entorno social y natural. La familia posee un organigrama que es una estructura variable en función de las fases de su ciclo vital.

Para concluir, todas las funciones ya mencionadas, así como el estatus que una familia tiene dentro de su tejido social, como también sus características socioculturales son factores que van a determinar la calidad de las relaciones de la familia con la sociedad en general.

La familia migrante

La migración como fenómeno humano va a determinar unas interacciones muy particulares entre las familias migradas y la sociedad de acogida, determinando así unas modalidades, unos comportamientos, una nueva forma de existir que la hacen diferente de su estado originario.

La familia en el contexto migratorio sobrelleva una superposición de tareas: unas, propias y comunes a cualquier familia, según la fase del ciclo vital de ésta –la crianza, la educación de los hijos, la trasmisión de la cultura...– y otras, consecuencia del proceso de aculturación –proceso de erosión de la propia cultura y la adquisición de otra nueva con toda la tensión que esto conlleva– que son la identidad, la lengua, la lealtad hacia la familia de origen y la vivencia dolorosa de unas pérdidas sucesivas.

Además de esta superposición, la familia migrante no cuenta con las bases mínimas para poder vivir una aculturación funcional. Dichas

bases serían: una política de vivienda, una seguridad jurídica, unas condiciones dignas de trabajo, una red de relaciones consistente en una presencia física de los migrantes en asociaciones de vecinos, asociaciones de padres de alumnos, etc. Resulta comprensible la gran tensión que debe soportar la familia hasta el punto de hacerse vulnerable, produciéndose un contexto de riesgo.

Para conseguir una viabilidad operativa, a nuestro modo de ver, toda intervención que vaya dirigida a las familias migrantes, tanto a individuos como a grupos, debe ir encaminada a actuar prioritariamente sobre los contextos –que son los que crean y mantienen la disfunción–, más que sobre los individuos.

INTERACCIÓN FAMILIA-ESCUELA

El encuentro entre ambos sistemas, familiar y escolar, acaece en un momento muy particular de la vida familiar. Justo en una fase en la que se solicita la familia para la resolución de varias tareas a la vez, ya que el momento de la escolarización de los niños coincide con una fase del ciclo vital que es la fase expansiva o parental de mayor actividad en la vida familiar.

En el contexto de la familia migrante, el encuentro con la escuela supone un momento de gran fragilidad, ya que la familia, que tiene la función de transmitir la propia cultura al niño, tiene que renunciar a ello y permitirle el aprendizaje de una cultura nueva que ellos no dominan ni tampoco van a poder controlar cómo se realiza esta transmisión.

La institución escolar es vivida por parte del sistema familiar con mucha ambivalencia y mucho temor por el riesgo de las deslealtades

que puede provocar hacia la cultura y los valores de origen, por la desvalorización en la función paterna y por el pseudo poder que va adquiriendo el niño sobre el sistema parental, ya que suele ser muchas veces el único que habla y que escribe la lengua de la sociedad de acogida.

La escuela interviene como estructura social y cultural, como instrumento de socialización y de integración al servicio del sistema familiar y suele vehicular unos modelos que van a asegurar la reproducción del sistema social y cultural existente. Aparte, se produce una escisión entre la cultura abstracta y homogénea que proporciona la escuela y el universo cultural heterogéneo de las familias, provocando como efecto la inadaptación escolar.

Ante esto, el niño es llevado a establecer unas comparaciones entre el estilo de vida de su familia y los hábitos propios de su cultura de origen y los del país de acogida. A través de un proceso imaginario y social, el niño se descubre como el “extranjero” perteneciente al grupo desvalorizado o por lo menos estigmatizado con estereotipos desfavorables: “morito”, “negrito”...

La desvalorización de su cultura va pareja a la desvalorización de la imagen parental. El niño empieza a criticar a los padres como actitud defensiva contra la propia depresión, sobre todo, durante la adolescencia, fase en la que es indispensable la búsqueda de modelos de identificación fuera del ámbito familiar y cultural de pertenencia.

Por otra parte, el niño muchas veces es el único que habla, lee y escribe el idioma de la sociedad de acogida, por lo que se convierte en mediador entre su familia y la sociedad,

adquiriendo un poder que le supera ampliamente. Esta situación viene agravada por los servicios sociales, que por la búsqueda de una solución fácil, utilizan al niño o al adolescente como intérprete para su propia familia, consolidando así esta situación.

En la adolescencia suele cuestionarse la identidad y la representación de sí mismo depende de unas gratificaciones narcisistas que deben surgir tanto del entorno familiar como del escolar y social. Cuando el adolescente no cuenta con estas satisfacciones porque sufre un rechazo real o fantasmagórico por vivir en un entorno que percibe como hostil, evocan en él sentimientos de inseguridad, de inferioridad y de desvalorización.

CONCLUSIÓN

Dentro de un contexto mundial de extrema violencia caracterizado por favorecer la rentabilidad financiera y tecnológica a expensas de la relación social, la familia del migrante vive una gran vulnerabilidad por la superposición de tareas y por la dificultad que tiene para poder constituirse en primer factor de integración social y ser un cliente del sistema escolar.

El sistema escolar, a su vez, sufre una escisión entre la transmisión de una cultura abstracta y homogénea y el universo heterogéneo de las familias de sus usuarios. De aquí surge el síntoma de *fracaso escolar* como manifestación de las deficiencias de este sistema, puestas en evidencia por el menor migrante. Quizás quede como única alternativa un proyecto intercultural inscrito dentro de una escuela democrática de hecho y de derecho, en la que se pueda realizar el aprendizaje de gestionar las diferencias de los usuarios de un modo

armonioso y creativo.

Para los enseñantes, los educadores, los asistentes sociales, el reto está en poder cambiar la visión que se tiene del "otro", en la gestión de las diferencias culturales, liberándose del etnocentrismo y de la jerarquización de culturas, accediendo de este modo a recuperar un protagonismo social de base como agentes de cambio de promoción social, no tanto para el "otro" como para sí mismos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Barudy, Jorge. *La douleur invisible de l'enfant. Approche éco-systémique de la maltraitance*. Érès: Ed. Relations.

Beauchesne, Hervé; Esposito, José. *Enfants de migrants*. PUF-Nodules 1985, 2^{ème} édition.

Belarbi, Aicha. *Enfance au quotidien*. Casablanca: Ed. Le fennec 1991.

Dienelt, Karl. *Antropología pedagógica*. Madrid: Ediciones Aguilar 1979.

Lucio-Villegas Ramos, Emilio. *Educación social y desarrollo local*. Sevilla: Ed. Universidad de Sevilla. Departamento de Teoría e Historia de la Educación y Pedagogía Social.
———. *Educación de personas adultas y desarrollo*. Sevilla: Ed. Universidad de Sevilla 2000.

Morin, Edgar. *Introduction à la pensée complexe*. París: ESF éditeur 1990.

Msefer, Assia Akesbi. *Ecole, sujets et citoyens*. Casablanca: Ed. Consulting 1998.

Reflexiones sobre la educación y la ciudadanía. GIEPAD.

Taller de estudios internacionales mediterráneos. *Lengua y cultura de origen: niños marroquíes en la escuela española*. Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo 1999.

Selvini Palazzoli, Mara (Prefacio). *Le magicien sans magie ou comment changer la condition paradoxale du psychologue dans l'école*. París: ESF editeur.

Watzlawick, P.; Beavin, J.; Jackson, D. *Une logique de la communication*. París: Ed. Le Seuil 1972